

Aguda espina dorada: el impacto de Unamuno en la historia de las ideas en el Perú (1900-1930)*

Marcel Velázquez Castro
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Introducción

El presente artículo intenta explorar tres aspectos: la recepción de la Generación del 98 en la Generación del 900; la presencia y la influencia de dicha generación española en tres revistas peruanas, y el ensayo, como forma discursiva, en la obra de Miguel de Unamuno y de José Carlos Mariátegui. Estos tres temas se encuentran entrelazados alrededor de la recepción de la obra de Unamuno en los escritores peruanos, durante las tres primeras décadas del siglo XX.

En la primera parte, presentaremos los dilemas y las propuestas de la Generación del 98 en función de dos perspectivas: el problema de la modernidad y el “problema de España,” destacaremos la importancia de Unamuno en el seno de aquella, comentaremos las semejanzas y diferencias entre la Generación del 98 y la Generación del 900, y la influencia de los escritores del 98 sobre los novecentistas. En la segunda parte, reseñaremos la presencia y/o la ausencia

* Una primera versión de este trabajo obtuvo el Premio de Investigación “Homenaje a la Generación del 98” convocado por el Centro Cultural de España en 1998.

de la Generación del 98 en *Colónida* (1914), *Mercurio Peruano* (1918-1928) y *Amauta* (1926-1930). Estudiaremos las referencias directas en las revistas elegidas, pero las correlacionaremos con problemas cruciales de la cultura peruana de este período: la disputa entre los hispanófilos y los francófilos (*Colónida*); la fragmentación del viejo letrado en el artista moderno y el intelectual crítico (*Mercurio Peruano*), y el lugar de España en la recreación del mundo desde la perspectiva del intelectual socialista (*Amauta*). Finalmente, reflexionaremos sobre las características formales y las estrategias discursivas en los ensayos de Unamuno y Mariátegui.

1. Los dilemas de la Generación del 98 y el primer impacto en el Perú

La Generación del 98 ha sido juzgada desde diferentes enfoques; hay quienes han incidido en la peculiaridad social y cultural de la España de fines del siglo pasado para explicarla, otros han preferido correlacionarla con esa crisis de la conciencia europea que se remonta al siglo XVIII y está asociada a los primeros cuestionamientos de los fundamentos de la modernidad. En la segunda línea, que encontramos más rica para nuestros fines, se encuentra el exhaustivo libro de Donald Shaw, quien sostiene que: la Generación del 98 es un grupo de escritores preocupado por la desorientación espiritual del hombre moderno y por el derrumbe de sus valores y creencias (12). A pesar de la heterogeneidad y variedad de sus miembros, Shaw considera tres criterios centrales que definen a los integrantes de la generación: “participación en una indagación personal destinada a renovar ideales y creencias, interpretación del problema de España como un problema de mentalidad . . . , y aceptación de que la literatura es un instrumento eficaz para el examen de esos problemas” (30).

Emilia de Zuleta considera como características comunes de dicha generación: un espíritu heredero del romanticismo que se manifiesta en la hipersensibilidad, la conciencia historicista en lo colectivo y la angustia existencial en lo individual; un pensamiento marcado por un acentuado asistemático y ametodismo, que encuentra en el ensayo el instrumento expresivo más libre y eficaz; preocupación intensa por la palabra y por el estilo con renovados poderes de ex-

presión y sugestión; una temática monocorde: el tiempo y la eternidad, la indagación de la propia personalidad, el problema de España, y la creación estética (110 y ss).

En su libro *Modernismo frente a noventa y ocho*, sostiene Guillermo Díaz-Plaja que la Generación del 98 debería dividirse en dos promociones: la primera constaría de Miguel de Unamuno (nacido en 1864) y Angel Ganivet (1865); y la segunda más joven estaría conformada por: Pío Baroja (1872), Azorín (1873), Ramiro de Maetzu (1874) y Antonio Machado (1876) (117 y ss).

Se tiende a una lectura de la dinámica de las generaciones, articulada por el conflicto y la oposición; y muchas veces se olvidan las continuidades, tan importantes, como las rupturas. Ninguna generación se constituye de la nada, todo grupo de intelectuales recibe una tradición, un conjunto de problemas y soluciones que encienden la música de las nuevas voces, y sobre ella despliegan su actividad. Por ello, es importante describir, al menos escuetamente, el escenario social y cultural donde irrumpió la Generación del 98; para ello seguiremos las ideas del importante libro de Hans Jeschke (21-56). Se identifican dos tendencias: el afianzamiento del movimiento liberal, cuyos hitos visibles son Julián Sanz del Río, Francisco Giner de los Ríos y Joaquín Costa, y que prevalece hasta 1876; y la reacción del movimiento tradicionalista liderada por Marcelino Menéndez y Pelayo. Los primeros, recreadores del krausismo, empeñados en la reforma de la educación nacional, mantuvieron una intensa campaña por la modernización de España con la fundación de la Institución Libre de Enseñanza y la difusión de las principales corrientes de pensamiento europeo. El segundo, con una extraordinaria obra histórica y literaria, fue un autor conservador que cuestionó los planteamientos de los liberales, incidiendo en la revalorización de todas las aristas de la herencia cultural española, y en la búsqueda de la identidad nacional en la fe católica y en la gloria perdida del Imperio Español.

En la última década del siglo, con el desastre militar ante los Estados Unidos y la pérdida de las últimas colonias americanas, se asiste a un efervescente escenario social y cultural donde las principales propuestas de los "regeneracionistas," se convierten en el eje del debate; entre ellas tenemos: la existencia de una educación primaria universal, implementación de escuelas técnicas, industrializa-

ción, desarticulación del sistema caciquista, fin a las aventuras imperialistas en África, y concentración de los recursos financieros y humanos en la metrópoli (Jackson 14). Es necesario destacar el rol desempeñado por Joaquín Costa (1844-1911), cuya fecunda participación en la vida política de España como jurista y economista fue decisiva para que los postulados regeneracionistas calasen en la conciencia de los españoles. Costa influyó en el famoso manifiesto del “Grupo de los tres” (1901), documento político clave de la Generación del 98; este texto lo firmaron Ramiro de Maetzu, Pío Baroja y Azorín. Este grupo se disolvería rápidamente porque Baroja y Azorín abandonaron ese impulso político para entregarse a la actividad literaria, mientras que Maetzu intensifica su preocupación por la política, pero en otra dirección, hasta el final de su vida (Zuleta 114).

Sin embargo, no debe olvidarse que la Generación del 98, pese a sus juveniles coqueteos con el socialismo y su preocupación por la cuestión social, cuando empezó a producir los libros distintivos de la generación (*En torno al casticismo* [1895], *Idearium español* [1897], *Hacia otra España* [1899]; etc.) concedió prioridad a la reconstrucción espiritual.

1.1. La modernidad y el “problema de España”

Consideramos que las inquisiciones de los escritores del 98 sobre “el problema de España,” alcanzan una mayor densidad significativa interpretadas desde la peculiar modernidad de ese país. Por ello intentaremos reflexionar simultáneamente sobre las aporías de la modernidad española y las primeras propuestas de la Generación del 98.

Asumimos el planteamiento de Marshall Berman; la modernidad como una forma de experiencia vital –temporal, espacial, personal y colectiva– que encierra una atractiva promesa de transformación y simultáneamente amenaza nuestro saber e identidad (1 y ss). La modernización es el conjunto de transformaciones económicas y sociales provocadas por la modernidad: urbanización, industrialización, democracia, etc. Ambos fenómenos no tienen necesariamente ritmos semejantes.

A lo largo del XIX, España era un país esencialmente agrario; no obstante, se origina durante la Restauración un proceso acelerado de

acumulación de capital el cual va creando una burguesía nacional y correlativamente una clase obrera que junto con el campesino andaluz empieza a enfrentarse a la clase dominante, que en su núcleo es ya una alianza entre la burguesía y la vieja oligarquía (Blanco Aguinaga et al., II: 201). Paralelamente, por aquellos años se aceleraba el crecimiento urbano, se intentaba sustraer la educación del poder de la Iglesia y se mejoran las redes de comunicación. Todo este panorama anunciaba la lenta irrupción de la modernidad en España; aunque debe precisarse que todavía predominaba una mentalidad tradicional en las estructuras políticas, donde el parlamentarismo no era un eficaz contrapeso de la monarquía sino una máscara de las redes del caciquismo y los viejos poderes locales. Existía pues una modernización social y material pero la idea de la modernidad no calaba aún en la mentalidad de la clase política ni en la de los hombres dedicados a la cultura.

Aparentemente estaban dadas las condiciones para que la Generación del 98 fuera la primera generación de intelectuales modernos en España, sin embargo fueron la última generación desgarrada entre la tradición y la modernidad. Al inicio de sus actividades, los jóvenes escritores del 98 intentaron vincularse con las luchas del proletariado pero luego abandonaron esa posición y pasaron a ser la vanguardia –pesimista y escéptica– de la burguesía liberal (Blanco Aguinaga et al., II: 205).

En los escritores del 98 subyace una valoración negativa de la modernidad, consideran que ésta no otorga un significado a la praxis del hombre, no irradia una eficaz conciencia histórica y acelera la declinación de la capacidad crítica. A modo de ejemplo, consignamos una típica diatriba de Unamuno contra la modernidad: “¡Maldito lo que se gana con un progreso que nos obliga a emborracharnos con el negocio, el trabajo y la ciencia, para no oír la voz de la sabiduría eterna, que repite el *vanitas vanitatum!*” (“La vida” 177).

Ante el desarraigo y los trastornos del presente, proponen el ejercicio de la memoria como recuperación del glorioso pasado histórico; ante los avances del positivismo, la idealización de personajes literarios como vía de re-creación de identidades simbólicas; y frente a la acuciante pregunta por la identidad, respuestas que se fundamentan en el pasado y en fuerzas idealistas, antes que en procesos

sociales del presente. Siempre prevaleció en ellos, como herencia de los antiguos letrados, el empleo del lenguaje a través de la palabra escrita con funciones redentoras derivadas de la autopercepción de pertenecer a una clase ilustrada y educada para dirigir la *res pública*, a través de la re-invenición de ideales destinados a guiar a la nación española.

Todo lo anterior forma un marco conceptual que nos permite comprender mejor las primeras inquisiciones de la Generación del 98 sobre el “problema de España.” Para confirmar lo dicho, comentaremos dos aproximaciones e interpretaciones disímiles sobre los primeros planteamientos de la Generación del 98.

A. El “problema de España” ha sido considerado por muchos como lo distintivo de la Generación del 98. Sin embargo, Herbert Ramsden plantea que, lo distintivo de los escritores del 98 no es su preocupación por España, sino su respuesta. La cual puede definirse como la voluntad de hallar la verdadera España en la vida cotidiana del pueblo. Unamuno con el énfasis en “la vida de los millones de hombres sin historia” y su fe en la “intrahistoria”; Ganivet con la noción de “clases proletarias” como “el archivo de los sentimientos profundos de un país”; Pío Baroja, “el enamorado de las vidas de los humildes”; el propio Azorín, amante de “vidas vulgares e ignoradas” (20 y ss). Explica, Ramsden, que esto debe correlacionarse con los novedosos descubrimientos de la psicología y la asunción del sistema terciario de Hippolyte Taine –paisaje, carácter, cultura– para explicar la identidad de una nación. Nótese que este análisis refuerza nuestro planteamiento, los escritores del 98 eligen a los representantes y actores de las fuerzas sociales que condensan las ideas y las creencias premodernas. Además hacen suyo el modelo teórico de un pensador determinista, cuyas ideas son incompatibles con las de un sujeto dotado de razón instrumental y orientado a una expectativa de construcción, interpretación y control de la sociedad, signo esencial de la modernidad.

B. José María Ridao en un polémico artículo destaca el contexto y las perversiones de la lectura noventayochesca del *Quijote*. Ante la superioridad científica de Europa y Estados Unidos, los escritores del 98 consideran que las obras artísticas de mayor mérito pueden convalidar los atrasos científicos y tecnológicos. El *Quijote* se instaura así como el artífice de la redención ante Europa y en el texto

donde se busca obsesivamente la esencia de la identidad nacional española. Por ello, en esta lectura, se amputa de sus páginas

cualquier atisbo crítico, cualquier sombra de duda o disidencia en relación con el periodo que Cervantes refleja en su novela, precisamente aquél que los escritores del Desastre desean consagrar como la Arcadia feliz desde la que se inicia la decadencia. (Ridao 49)

Esta operación ideológica puede rastrearse en la obra de Ganivet, Unamuno, Maetzu y Azorín; y constituye, hasta hoy, una atractiva transvaloración del potencial de dicha novela que sufre una violenta reducción de sus infinitas posibilidades: la cristianización en perjuicio de su eficaz refracción de los problemas de cristianos, moriscos y conversos; y la reducción monológica de las ideas de la novela que pierden su carácter polifónico en aras de reflejar unas verdades ontológicas que, supuestamente, condensan el verdadero carácter de España (49).

De ello se deriva que la Generación del 98 convirtió al *Quijote*, la primera novela moderna en Occidente, en un bastión contra la modernidad. Para muchos, Cervantes y Rabelais anuncian con su obra la época moderna. Milan Kundera considera clave la correlación entre novela y modernidad porque en la novela, —con la fragmentación del punto de vista, la pérdida de una instancia jerárquica para enunciar la historia, y la interacción de varias voces, varios mundos y varias conciencias en igualdad de condiciones—, se anuncian los fundamentos de la modernidad. Luego del *Quijote*, la novela europea se ha desarrollado incorporando cada vez más elementos (el juego, el sueño, el pensamiento y el tiempo) en su afán de revelar el enigma del ser, pero el legado de Cervantes es fundacional (10 y ss).

Con estas dos apostillas queda corroborado que las respuestas de la Generación del 98 al “problema de España” implicaban el rechazo a la modernidad y una subversión de su parafernalia simbólica. A pesar de la perspectiva desarrollada en este apartado, no debemos olvidar que los mismos escritores del 98 también crearon factores que contribuyeron a fundar la contradictoria modernidad española: las innovaciones formales en la novela, la resemantización del término “intelectuales,” y la preponderancia del ensayo como género que se alimenta de múltiples voces y destruye la verdad monológica.

1.2. Unamuno, vórtice de la Generación del 98

Miguel de Unamuno y Jugo nació el 29 de septiembre de 1864 en Bilbao y murió en Salamanca el 31 de diciembre de 1936. No es este el lugar adecuado para una síntesis biográfica ni una presentación de su obra; a lo largo de este trabajo iremos confrontando las ideas, análisis, y propuestas de Unamuno que encontraron eco en los intelectuales peruanos; sin embargo queremos destacar dos cosas: la extensión, variedad y profundidad de su obra que le otorga un lugar extraordinario dentro de un grupo extraordinario, y su constante vínculo con la cultura y los escritores hispanoamericanos.

Inasible por poseer demasiados contornos; la totalidad de la obra de Unamuno siempre escapa a la cárcel de la interpretación y a la clasificación sintética, lo cual le permite resistir nuevas lecturas y nuevos asedios. Su trayectoria intelectual, como la de José Martí, abarca diversas dimensiones (poeta, ensayista, crítico literario, periodista, novelista, político, etc.) pero no existe actividad alguna que subordine a las otras ni un texto central que silencie a los otros. El inmenso arco de sus ideas, intuiciones e imágenes; y sus fecundas contradicciones impiden cualquier confinamiento en las estrechas categorías que nos ejercitan en el olvido del pensar.

Unamuno fue la figura más sobresaliente de su generación, por los siguientes factores: su decisivo aporte en la destrucción de creencias e ideales, religiosos y nacionales, que formaban el sentido común de España (Shaw 106); sus felices hallazgos en la novela; su sobria lírica voluntariamente alejada de las poéticas modernas; y la inmensa cantidad de preguntas que instaló en la conciencia de los hispanoamericanos. Esta situación de primacía se vio reforzada por su participación continua en la política española, donde —rápidamente— se convirtió en una figura pública; durante los años del exilio, su voz adquirió resonancia mundial y se constituyó en la acusadora conciencia moral de la España de Primo de Rivera.

El pensador español mantuvo una constante preocupación por el agitado escenario intelectual de Hispanoamérica. García Blanco explica las razones que originaron y mantuvieron los estrechos lazos entre Unamuno e Hispanoamérica: a) fue un lector incansable de libros y revistas publicados en los países americanos b) creó un inmenso tejido de relaciones de amistad con escritores hispanoameri-

canos, principalmente a través de la comunicación epistolar; c) colaboró por más de treinta años en el diario *La Nación* y en el semanario *Caras y Caretas*, ambos bonaerenses; y d) el padre de Unamuno residió algunos años en México donde el escritor pasó parte de su infancia (8).

Por todo lo anterior, es indiscutible que Unamuno es la figura del 98 que más ha influido en Hispanoamérica y en el Perú. La otra figura del 98 que ha conseguido mantener una presencia similar en la cultura nacional es Antonio Machado, cuya magnífica sombra sobre la poesía peruana no desaparece todavía.

Las voces y los ecos de Unamuno en el Perú de las tres primeras décadas del siglo constituyen un tramado a través del cual se pueden recorrer algunos de los principales problemas que afrontó la Generación del 900 y la Generación del Centenario: las reformulaciones del problema nacional, el legado hispánico, las inquisiciones por la identidad, la fragmentación de las funciones del antiguo letrado, nuestra articulación con la cultura contemporánea, las pugnas entre hispanófilos y francófilos, y la fusión de ideas disímiles en los contradictorios estratos que subyacen en la obra de los escritores peruanos.

1.3. El impacto de la Generación del 98 en la Generación del 900

Luis Loayza, quien fusiona la agudeza de perspicacia y la agudeza de artificio, ha escrito el libro más sugerente sobre la Generación del 900; en él sostiene que, “son una generación frustrada por una brusca aceleración de la historia” (12). La explicación es convincente: ellos fueron un grupo de escritores formados en la paz de la *belle époque* peruana, durante la consolidación de la República Aristocrática y la expansión de la burguesía nacional; constituyeron una promesa magnífica, ninguna generación se había iniciado con tanta ambición ni con tanto rigor académico (las dos tesis de José de la Riva-Agüero y los primeros libros de Francisco García Calderón fueron verdaderas fundaciones de los estudios literarios e históricos en el Perú). Sin embargo, el mundo al cual ellos pertenecían desapareció con la gran crisis del mundo occidental: la Primera Guerra Mundial, la Revolución Soviética, y las movilizaciones sociales en los países

periféricos. Por todo ello, ninguno superó y ni siquiera igualó sus obras de juventud, se convirtieron en sobrevivientes de un mundo perdido (7-11).

Son muchas las similitudes globales entre la Generación del 98 y la Generación del 900: una reacción idealista contra el positivismo, la asimilación de un desastre nacional militar, las inquisiciones por la identidad nacional, la pasión por la geografía y el paisaje de sus pueblos, y el rechazo al modernismo. Solamente comentaremos estas dos últimas características.

La reflexión sobre el “problema de España” desembocaba necesariamente en el afán de conocimiento del territorio, por ello “la Generación del 98 . . . es notable por ser una generación de excursionistas. ‘La base del patriotismo es la geografía –escribía Azorín– No amaremos nuestro país, no le amaremos bien, si no lo conocemos’ ” (Ramsden 25). Esta actitud debe correlacionarse en el Perú con la importancia dedicada a la descripción del territorio peruano en *El Perú Contemporáneo*¹ (3-15), el impulso que motivó a Riva-Agüero a escribir *Paisajes Peruanos* y la constante preocupación de Víctor Andrés Belaunde por la historia y la geografía peruanas. Tanto en España como en Perú, los viajes se convierten en expediciones de conocimiento, y se considera que el paisaje refleja el carácter del país y se toma como medio para entender ese carácter. Esta circunstancia deriva del modelo teórico de Taine cuya importancia en la Generación del 98 ya hemos precisado (*vide ut supra*). Respecto al 900 no es difícil encontrar en la obra de Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaunde y Riva-Agüero los postulados de Taine. La influencia del célebre francés en la historia de las ideas peruanas, muchas veces a través de fuentes indirectas, merecería un estudio íntegro; el marco teórico-metodológico de *La Literatura Peruana* de Luis Alberto Sánchez, uno de los libros capitales de la cultura peruana, es una contundente prueba de esta vasta influencia.

El otro punto de confluencia, que comentaremos, está dado por el enérgico rechazo al movimiento literario denominado modernismo. Pedro Salinas ha distinguido las opuestas actitudes de los mo-

¹ Este libro fue escrito en francés y publicado, en Francia, con el título de *Le Pérou contemporain* en 1907.

dermistas y los hombres del 98; los primeros persiguiendo la belleza, poseídos por una ambición cosmopolita y una actitud vital signada por el apetito de los sentidos; los segundos persiguiendo la verdad, poseídos por una fiebre concentrada en lo nacional y una actitud vital ensimismada y preocupada (13-18). Guillermo Díaz-Plaja ha remarcado las diferentes concepciones del lenguaje en los hombres del 98 y los modernistas. El 98 se caracteriza por su antirretoricismo, la creación de una lengua natural, una preocupación por la lengua popular y la raíz etimológica, un lenguaje definitorio al servicio de la inteligencia, y una lengua válida para todos. Los modernistas se reconocen por su retoricismo, creación de una lengua artificial —de intención predominantemente estética—, enriquecimiento “musical” del idioma en busca de una expresión individualizada, un lenguaje sensual al servicio de la belleza, y un lenguaje minoritario (186-192). En el Perú, —como explica Loayza— la Generación del 900 se caracterizó por preferir el legado de Rodó, antes que el de Darío; por ello su tono fue académico, reflexivo y grave. Sin embargo, hay que hacer matices: Riva-Agüero rechazó enfáticamente el modernismo, al cual consideraba una nefasta influencia francesa, pero su compañero de generación, Ventura García Calderón, descubría los nuevos rumbos de la literatura contemporánea en los escritores simbolistas, modernistas y decadentistas (28-32).

Luego de señaladas estas coincidencias, comentaremos dos aspectos que diferencian a ambas generaciones: la procedencia social y las primeras actividades políticas. Los miembros de la Generación del 98 pertenecían a la clase media provinciana española muy distinta de los orígenes aristocráticos de la Generación del 900. Debe mencionarse que el fenómeno, de intelectuales marginales conquistando el centro de producción de los discursos culturales, está asociado en el Perú al grupo *Colónida* y a la Generación del Centenario. La otra diferencia radica en la experiencia socialista de los miembros del 98 en sus primeros años de actividad, casi todos colaboraron activamente en las redes culturales de las organizaciones sindicales marxistas. Esta circunstancia vincula a la Generación del 98 con la labor de Manuel González Prada y con el proyecto político de *Amauta*, y la separa radicalmente de los novecentistas.

Ahora realizaremos unos breves apuntes sobre Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaunde y José de la Riva-Agüero desde

la perspectiva que nos interesa. En el *Perú Contemporáneo* encontramos, en una nota,² una extensa cita de *El alma castellana* (1900) de Azorín; y constantes referencias a la obra de Joaquín Costa. Esto nos prueba que, pese a su marcada preferencia por la cultura francesa, Francisco García Calderón desde su primer libro estaba al tanto de los afanes regeneracionistas de Costa y las indagaciones sobre el “problema de España” de Azorín.

En cuanto a Víctor Andrés Belaunde, señala Raúl Porras Barrenechea la filiación ideológica del autor de *La Realidad Nacional*, tomando como punto de quiebre su viaje a España pues en él:

se afirmó la conciencia de los valores de la hispanidad que la generación de la independencia, no obstante su íntimo españolismo había puesto necesariamente de lado, por razón de la lucha, y que la generación radical había vituperado por su dogmatismo anti-religioso y anti-tradicional. (XLV)

En dicho viaje de 1905, Víctor Andrés Belaunde tomó contacto con Valle-Inclán, Marcelino Menéndez y Pelayo y los hermanos Machado, entre otros. Precisa Porras, que el fruto esencial de este viaje de formación fue el descubrimiento del aguzado examen de conciencia que la Generación del 98 hizo de la historia y del espíritu de su pueblo en las obras de Ganivet, de Unamuno, de Marcias Pícaeva y de Joaquín Costa (XLV). Obsérvese que no todos los nombrados son miembros del 98, también influyeron en Belaunde los políticos del regeneracionismo y el líder de la reacción tradicionalista, con lo cual el peruano adquirió un panorama completo de la escena intelectual española de fin de siglo, antes que cualquier otro coetáneo. César Pacheco Vélez ya ha señalado que, Belaunde se adelantó a la evolución de sus compañeros de generación porque tomó contacto con las corrientes neoespiritualistas cuando éstos todavía estaban inmersos en el clima racionalista y en el positivismo (123). Debemos precisar que la obra de Costa y el influjo de Unamuno, a partir de este viaje, fueron referentes constantes en los posteriores libros de Belaunde.

² La nota aparece en la página 31 de la versión castellana y es la número 27.

Comentaremos dos referencias de la vasta obra de Belaunde que acusan el impacto del 98. En un comentario a *El Perú contemporáneo* escribía que, “el gran Unamuno ha dicho que para ser universal es necesario ser intensamente de su pueblo y de su tiempo, y que nada se opone más a la universalidad verdadera que el cosmopolitismo” (*Meditaciones* 16). Esta idea de Unamuno sirvió de móvil fanal a la parte más brillante de la obra de la Generación del 900; quienes se consagraron a los estudios sobre la especificidad histórica del Perú porque comprendieron que sólo hundiéndonos en nuestras raíces, reconoceremos al otro y podremos fundar la semejanza y la alteridad, nuestra identidad y devenir cultural. En *La realidad nacional*, Belaunde compara la labor cumplida por Manuel González Prada con la realizada por Joaquín Costa, y la califica como “la reacción de un temperamento apasionado contra los males que nos abruma o nos sublevan” (110). De esto podemos inferir: a) la lectura de la historia de las ideas en España como modelo que otorga una dirección y un sentido a la historia de las ideas en el Perú; y b) la voluntaria homologación de la generación del 900 a la función cumplida por la del 98 en España.

El análisis de las relaciones entre Unamuno y Riva-Agüero ha sido analizado en el concienzudo artículo de Pacheco Vélez, a través del intercambio epistolar entre 1905 y 1924; son los años de intensa adhesión del peruano al maestro de Salamanca y la gestación de la lenta separación, producto de la crisis religiosa de Riva-Agüero que lo llevaría a posiciones reaccionarias e intransigentes. En este valioso epistolario se pueden leer muchas confesiones y algunas confusiones entre ambos. Concluye –Pacheco Vélez– que existió una definitiva influencia de Unamuno en Riva-Agüero, de 1905 hasta 1920, en que el segundo encuentro personal en Salamanca inicia los caminos hacia la ruptura (138). Durante aquellos años Unamuno rechazaba toda ortodoxia religiosa, se debatía en sus contradicciones y buscaba una experiencia religiosa vitalista; mientras que Riva-Agüero era un racionalista y un agnóstico; un librepensador que no se deja cautivar por el anticlericalismo pero que tendía hacia una fe coherente, con dogmas y principios claros (138). Debe mencionarse que ya en el primer libro de Riva-Agüero, *El carácter de la literatura del Perú independiente* (1905), inmediatamente anterior al epistolario, es evidente la influencia del Unamuno de *En torno al casticismo* (1895).

De todo este apartado se concluye que, existió una fluida comunicación entre ambas generaciones y una rápida recepción de las ideas españolas en el Perú; ambos grupos afrontaron experiencias similares en sus respectivos países e intentaron una respuesta cultural a las encrucijadas sociales y políticas de sus naciones. Aunque desigual en magnitud y en intensidad la influencia del 98, principalmente de Unamuno, sobre el 900 peruano es incontrastable pese a las diferencias encontradas entre ambas generaciones.

2. La Generación del 98 en tres revistas peruanas

El período elegido nos remite a las tres décadas más fructíferas en la historia de las ideas del Perú contemporáneo. Asistimos a la gestación y consolidación de las dos generaciones más importantes del siglo XX: la Generación del 900 y la Generación del Centenario. Por ello no debe sorprendernos el inmenso número de revistas culturales, ni la calidad de los colaboradores, ni la profundidad de sus juicios. Indudablemente fue la época más fecunda del periodismo cultural y la que registra la mayor concentración de revistas fundacionales en nuestro devenir intelectual.

Alusión es elisión, pero hemos seleccionado las tres revistas que, a nuestro juicio, refractan eficientemente los estratos, las tensiones y las erosiones de las principales tendencias ideológicas de aquellos años. Aunque necesaria, consideramos insuficiente la mera recopilación y glosa de artículos donde puede observarse el impacto del 98 en los escritores peruanos. Por ello estudiaremos los rastros de la Generación del 98 en las revistas elegidas pero los correlacionaremos con problemas cruciales de la cultura peruana de este período: la disputa entre los hispanófilos y los francófilos (*Colónida*); la fragmentación del viejo letrado en el artista moderno y el intelectual crítico (*Mercurio Peruano*), y el lugar de España en la recreación del mundo desde el intelectual socialista (*Amauta*).

2.1. *Colónida*: un silencio significativo

Como sabemos de antiguo, mantener silencio es intrínsecamente un acto de comunicación; a dilucidar dicho acto se consagra esta sección.

Imposible pensar en *Colónida* y no recordar el famoso artículo de Federico More³ contra Ventura García Calderón, notable pieza de la injuria y el agravio, quizá nuestro mejor aporte literario a la historia universal de la infamia. El texto de More nos muestra la escisión generacional, entre el grupo liderado desde París por Francisco García Calderón y el grupo, más joven, aglutinado alrededor de Abraham Valdelomar. Loayza ha demostrado que en *Colónida* se libran varias polémicas: “entre dos grupos literarios de una misma generación; entre provincianos y limeños; entre quienes disponen del poder y tienen acceso a los medios de información, y quienes se sienten postergados” (137).

El silencio de *Colónida* sobre la Generación del 98 debe ser comprendido como un momento de la contienda, por la dirección cultural del país, entre hispanófilos y francófilos; dicha pugna venía atravesando nuestra tenue tradición literaria por varias décadas; constituyendo nuestra actualización de la vieja querrela entre “antiguos” y “modernos.” Valdelomar, embriagado de González Prada, convirtió su revista en patrimonio de éstos últimos. En ella son constantes la apropiación de signos portadores de la nueva sensibilidad modernista y una intensa adhesión a la literatura francesa; esto se demuestra con la reproducción –en la revista– de cartas, poemas y artículos de Víctor Hugo, Maurice Barrès, Charles Baudelaire y Anatole France; muchos de ellos en el original y con su correspondiente traducción.

Al ser notoria la influencia del 98 en las principales obras y las principales figuras del 900; los colónidas, para acentuar sus diferencias y reafirmar su identidad, evitaron o negaron cualquier referencia a la mencionada generación española. El colonidismo, estuvo signado por un espíritu europeizante, pero donde España y sus vicisitudes contemporáneas no tenían lugar porque para ellos el centro del mundo era la santísima trinidad de París, Londres y Roma (González Prada, A. 214 y ss).

Otro elemento que diferenciaba abismalmente a *Colónida* de los fundamentos estéticos del 98, era el *dandysmo* como un modelo de vida; el esteticismo de D’Annunzio y los gestos de Wilde, constituían presupuestos centrales en la revista peruana. El derecho al placer y la libertad de matarse se formalizaron en una deliciosa apo-

³ Nos referimos a “La hora undécima del señor don Ventura García Calderón,” aparecido en *Colónida* 2 (33-39) y 3 (22-25).

logía del aristocrático consumo del opio y del éter, y en un vehementemente repudio al plebeyo consumo del alcohol, que apareció a modo de editorial⁴ en el último número. Nada más lejano a la sensibilidad de los hombres del 98, enemigos de los paraísos artificiales, de los escándalos y las provocaciones.

A estas dos explicaciones comprensivas e interrelacionadas deben sumarse los siguientes factores: a) *Colónida* surge como una revista preocupada por las nuevas voces de la literatura nacional, y con un afán reivindicativo de los olvidados, quizá su máximo acierto fue el homenaje a Eguren cuya poesía jamás fue comprendida por el núcleo duro de la Generación del 900; b) la tenue vocación de cosmopolitismo estaba monopolizada por la cultura francesa; c) todavía resonaban en las hojas de *Colónida* las violentas imprecaciones, de Manuel González Prada,⁵ contra la literatura y la cultura española; d) Valdelomar no se distinguía por la amplitud de sus lecturas, lo cual no le impidió ser el narrador más importante de su generación, por ello no poseía un panorama completo de la literatura mundial ni tampoco de la efervescencia intelectual española.

No obstante lo anterior, entre los del 98 y *Colónida* existían coincidencias: similar procedencia social y espacial de sus miembros (clase media originaria de provincia), la importancia del periodismo en la constitución de su oficio de escritores, y que las figuras más importantes (Unamuno y Valdelomar) siempre conservaron una equiparable nostalgia por la infancia y el mundo rústico y sencillo que idealizaron en sus respectivas obras. Sin embargo, el intercambio de voces no se produjo en esta revista.

Esta breve digresión nos demuestra que el silencio de *Colónida* no es involuntario y constituye un deliberado rechazo del legado de la Generación del 98, y una prueba a contrario de la influencia del 98 sobre el primer grupo de intelectuales novecentistas peruanos (José de la Riva-Agüero, los hermanos García Calderón y Víctor Andrés Belaunde).

⁴ "Falsa carátula" apareció en *Colónida* Año I, Tomo I, No. 4 (1916): 3-4.

⁵ Nos referimos al "Discurso en el teatro Olimpo." Cotejar en *Páginas libres. Horas de Lucha* 22-24.

2.2. La Generación del 98 en el *Mercurio Peruano* (1918-1928)

Víctor Andrés Belaunde sostenía que el *Mercurio Peruano* (la tercera publicación periódica⁶ con ese título en nuestra historia) pretendió ser una revista moderna y nacional; guiada en su formación y desarrollo, por tres principios: a) devoción a la tierra, b) hospitalidad para todas las inquietudes del pensamiento contemporáneo, c) simpatía a la reacción idealista (*La realidad* 124). Su primer director escribió que:

Trató de reflejar todos los matices del pensamiento nacional, desde el realismo conservador de Villarán hasta los impulsos reformistas del propio Mariátegui . . . desde el romanticismo de Cisneros y el nacionalismo de Gálvez hasta la poesía pura de Ureta y el simbolismo de Eguren; desde la gravedad informada de Deustua hasta la inquietud generosa de Edwin Elmore. (*La realidad* 124)

Pese a sus evidentes conexiones con la Generación del 900 no fue una revista orgánica de este grupo ni estuvo asociada directamente a proyecto político alguno. Obsérvese que los principales miembros de la Generación del 900 radicaban en Europa (Francisco y Ventura García Calderón) o se exiliaron allí luego del golpe de Leguía del 1919 (Riva-Agüero y el propio Belaunde).

Estuardo Núñez sostiene que, en el año de 1927, esta revista sufre el impacto de *Amauta* y por ello dedica el íntegro de sus números 113-114 a exponer la experiencia socialista rusa; y en el número 115 de 1928, consagrado a la reforma universitaria, se reafirmó el propósito de cambio de orientación cuando el Comité Directivo declaró enfáticamente: “nuestra ideología es de izquierda” (93-94). Todo esto condujo a la revista a una seria crisis interna que se resolvió con un giro hacia posiciones más tradicionales y con la salida de los codirectivos Alberto Ulloa, Mariano Iberico y Alberto Ureta. Con la salida de estos escritores concluye la primera fase, quizá la más rica, de esta longeva revista.

Para el presente trabajo hemos elegido los primeros diez años de la revista (1918-1928) porque consideramos que son los años donde puede rastrearse nítidamente la recepción de los dilemas de la Ge-

⁶ El bisemanario de la Sociedad Académica de Amantes del País (1791-1794), el diario de tendencia conservadora (1827-1834 y 1839-1840), y la revista mensual de ciencias sociales y letras (1918-1931) (1938-1973) (1978).

neración del 98 y de la obra de Unamuno en varios colaboradores. Esto desemboca, entre otras cosas, en una incipiente reflexión en el Perú de la descomposición del “antiguo letrado” en el “intelectual crítico” y el “artista moderno,” signo inequívoco de la modernidad. Es necesario explicar los antecedentes y la complejidad de esta transformación, tanto en España como en el Perú, antes de analizar las referencias en el *Mercurio Peruano*.

E. Inman Fox, en un breve pero agudo texto, demuestra que el moderno significado del sustantivo “intelectual,” derivado de la *intelligentsia* rusa, alude al conjunto de pensadores o escritores como miembros de una clase, casi siempre en oposición al orden sociopolítico establecido o, por lo menos, al margen de él. Además demuestra que, los miembros de la Generación del 98 son los primeros en autodenominarse con ese calificativo y en expresar la necesidad de influir culturalmente en el rumbo de su país (9 y ss). De esto se desprende que uno de los méritos de dicha generación fue el intento de sus miembros de constituirse en “intelectuales,” dentro de la acepción establecida por Inman Fox. La figura que encarnó con mayor vehemencia esta tarea fue Unamuno.

En el Perú, la literatura y la política estuvieron imbricadas en siglo XIX, los textos políticos adoptaban formas y estructuras literarias y los textos literarios estaban marcados por una referencialidad directa y muchos de ellos tenían intenciones moralizadoras o proponían reformas sociales; aún predominaba la figura del *letrado* como el sujeto competente para desarrollar ambas tareas, la hora de la autonomía de la literatura y la profesionalización del escritor aún no había sonado. Esto se fue transformando lentamente pero ya en las primeras décadas de este siglo se observa que las complejas funciones del antiguo letrado se dividen y son asumidas por dos figuras: el artista y el intelectual crítico. Analizaremos brevemente la gestación y formalización de ambas figuras en el Perú.

A. La separación de la esfera artística de la ética y la política constituye un vector central de la modernidad. En *Los hijos del Sol* (1921) de Valdelomar se encuentran dos cuentos que constituyen una de las primeras construcciones textuales del artista moderno en el Perú y una indagación indirecta sobre el sentido del arte y la literatura en una sociedad desequilibrada por la irrupción de la modernidad (Velázquez Castro 26 y ss). Esto debe vincularse con la pérdi-

da de los valores que garantizaban la autoridad social de la escritura, fenómeno que en Hispanoamérica se venía desarrollando desde las últimas décadas del siglo XIX (Ramos 7 y ss). Valdelomar, quien se ve afectado personalmente por estos trastornos, formaliza estos dilemas y esboza una propuesta en: “El alfarero” y “El alma de la quena.” A través de la representación del artista en dichos cuentos podemos notar las diferencias entre el viejo letrado y el nuevo artista moderno. Por ello, la autonomía del artista en estos textos se construye en dos niveles: separación personal del poder político y el predominio de una mirada interior en busca de la inspiración creadora.

Debe correlacionarse la pérdida del espacio social del artista en la modernidad con la pérdida de su razón, la tan recurrente “locura” del artista. El trágico final del alfarero, en el cuento de Valdelomar, sintetiza adecuadamente los nuevos peligros del artista moderno –hoy, casi en extinción– quien replegado en sí mismo, escindido de su sociedad y refugiado en su proceso creador puede alcanzar la muerte en su afán de insuflarle vida a su obra de arte. Con esta nueva figura el arte deja de ser un espacio desde el cual se pueda enunciar directamente un discurso político y se inválida una valoración de la obra artística con argumentaciones éticas.

B. Paralelamente, las reflexiones sobre el intelectual crítico comienzan a gestarse en el Perú con las violentas palabras y las sugerentes reflexiones de González Prada, luego del desastre de la Guerra con Chile. Aunque debe reconocerse a la Generación del 900 como el primer grupo de intelectuales orgánicos que quisieron dirigir el país y construir una sociedad distinta; quizá la prueba más clara fue el fracasado proyecto político del Partido Nacional Democrático y su efímera participación en la vida política nacional (1915-1919), entre la publicación de la *Declaración de Principios* y su protesta por el nuevo golpe de estado de Leguía.

Es en este proceso de fragmentación del antiguo letrado y su conversión en el artista moderno y en el intelectual crítico, que venía gestándose en España y en Perú, donde debemos enmarcar la recepción y la valoración de la Generación del 98, principalmente de Unamuno, en ciertos colaboradores del *Mercurio Peruano* (John A. Mackay, Edwin Elmore y Estuardo Núñez). La influencia de la Generación del 98 sobre estos diez años de la revista abarca también

otras facetas pero hemos querido resaltar dicha transformación porque no ha sido estudiada anteriormente. Ahora procedemos al análisis de los textos.

La primera referencia directa a la obra de Miguel de Unamuno se encuentra en una breve nota; donde se comenta una conferencia leída por el doctor John A. Mackay,⁷ al incorporarse a la facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, sobre la personalidad, la obra y la influencia del pensador español. El redactor de la nota era Mariano Iberico Rodríguez, en ella se elogiaba “la inextinguible inquietud del maestro de Salamanca, la perenne vibración espiritual y su mentalidad paradójica y compleja”(82). También se destacaba la clasificación del sustrato ideológico de Unamuno en: ideas críticas, ideas filosóficas, e ideas místicas; y el contacto personal del expositor con el pensador español (82).

Posteriormente, John A. Mackay aparecerá como redactor del *Mercurio Peruano* desde 1919 hasta 1925, difundiendo la tradición de la literatura inglesa y la obra poética de Wordsworth. Este norteamericano era un escritor influenciado por las ideas de Unamuno, y probablemente aquella conferencia fue el primer intento de presentar con cierto rigor y en una forma sistemática las ideas del pensador vasco, en el medio cultural peruano.

En un artículo de 1923, Mackay propone un nuevo tipo de intelectual que intervenga activamente en la construcción de una sociedad mejor. Desea que “los intelectuales modernos abran el texto originalísimo de la vida misma y estudien por fin al hombre y sus problemas vitales, no con el antiguo propósito de hacer literatura sino con el de alcanzar soluciones” (507). Este texto es muy importante porque en él empieza a gestarse la oposición entre la figura del intelectual moderno y la actuación retórica e inoperante del antiguo letrado; y además confirma como, anteriormente, el sitio de la literatura estaba fusionada con el del análisis social. Estas ideas de Mackay influyeron en la obra de Edwin Elmore (1890-1925), joven colaborador del *Mercurio Peruano*; ambos constituyeron un ferviente binomio difusor de la obra de Unamuno.

⁷ Norteamericano y dirigente de la Y.M.C.A. (*Young Men's Christian Association*) fue el jefe de la Iglesia Prebiteriana Escocesa y director del colegio Anglo-Peruano (hoy San Andrés).

Cesar Pacheco Vélez, en su erudito e imprescindible artículo, sostenía que los textos de Edwin Elmore delataban “resonancias unamunescas” (134). Aunque menciona los dos artículos de éste, consagrados a Unamuno, Pacheco Vélez los comenta muy brevemente y prefiere brindarnos una semblanza de la trayectoria del escritor. Nosotros analizaremos esos dos artículos y un tercero sobre el Perú, dentro de la dirección establecida para este apartado.

Elmore, haciendo suyo un juicio de Salvador de Madariaga, sostenía que Unamuno era en ese momento la primera figura literaria de España; un escritor del cual es imposible prescindir y destacaba que era un pensador contemplativo pero también un hombre de acción (“Sobre la figuración” 827). Por ello, argüía que “el literato de verdad, el escritor de raza, de temperamento y de vocación tiene que distinguirse por la pasión, por el entusiasmo, por la combatividad y por la inquietud, del mero especulador o mercenario de las letras” (“Sobre la figuración” 828).

No es difícil apreciar la correspondencia entre estas ideas y las expuestas por Mackay en su artículo, comentado líneas arriba. Elmore incide en el antagonismo de dos actitudes ante la escritura y propone el nacimiento de un nuevo tipo de escritor que se caracterice por su preocupación por los dilemas de su país y se distinga de aquél que solamente se solaza en el juego de las letras. El compromiso del escritor con su sociedad y con su tiempo deja de ser un ideal para convertirse en una exigencia. Concluye Elmore, que Unamuno es un pensador de nuevo tipo porque sintetiza los ideales antiguos y nuevos (“Sobre la figuración” 834); lo que Elmore intuye pero no alcanza a explicar es que Unamuno concentraba en su figura las virtudes del antiguo letrado y el poder crítico del nuevo intelectual.

La importancia de esta nueva concepción del intelectual se observa en las opiniones del propio Elmore sobre la Generación del 900; que él denomina significativamente “generación regeneradora” y los nuevos gestores del ideal nacional (“El esfuerzo” 288). Elmore, incide en la necesidad de la “formación de una élite de ‘intelectuales’ que tuviesen a la vez las cualidades propias de los hombres de acción” (“El esfuerzo” 292). Ahora comprendemos que no es casual el uso del sustantivo; Elmore clama por la unión de inteligencia y voluntad, por la capacidad de transformar la realidad, porque los hombres asociados a la escritura y la cultura tengan una orientación

práctica en pos de redefinir el rumbo de la sociedad. Elmore está pensando en una aristocracia del saber liderada por Francisco García Calderón, a quien considera el jefe indiscutible de la generación regeneradora.

Otro elemento importante en las ideas de Elmore es la amarga constatación de la pérdida de los paradigmas. La visión pesimista de los miembros de la Generación del 98, principalmente de Unamuno, sobre el devenir y el presente de España, es recogido y proyectado por Elmore a todo el mundo, así la civilización occidental aparece agotada y el pensamiento paralizado por la desorientación.

Pasado el auge del espiritualismo bergsonianiano, ¿Qué norma filosófica, qué estructura de ideas, ha venido a reemplazar esa corriente, dando cierta consistencia a la amorfa mentalidad moderna? Se ha hablado de una vuelta al racionalismo y al clasicismo, pero perdura la inquietud romántica, una obstinada pasión metafísica invade los corazones y las mentes. ("Sobre la figuración" 829)

Estamos ante una confesión de la angustia del hombre moderno; luego de la reacción idealista bergsonianiana y su rápido declive, no se encuentra otra concepción del mundo que reconstruya las certezas perdidas y brinde seguridad espiritual. Después de la Primera Guerra Mundial, ya nadie confía en el racionalismo ni en el progreso humano. El romanticismo, en Elmore, está vinculado a la pasión y a la razón; es decir, se convierte en un espacio privilegiado de confluencias donde desaparece la oposición sentimientos/razón. Acierta Elmore porque el romanticismo es, además de un movimiento literario determinado, la más importante reacción contra la Ilustración, y luego, uno de los principios articuladores de la modernidad.⁸

En otro artículo, Elmore, comentando la traducción inglesa de *Del sentimiento trágico de la vida*, aprovecha para reiterar sus elogios a Unamuno; el más grande de los pensadores espiritualistas, y quien "desde hace más de treinta años viene nutriendo la mentalidad de esas dos grandes penínsulas que se extienden, una al Sur de Europa y la otra al Sur de Yanquilandia" ("Unamuno" 592). Además, y esto es más importante, sostiene que las obras y las ideas del pensador

⁸ Sobre el complejo tramado de las relaciones entre el romanticismo y la modernidad hay un valioso libro: Colin Campbell. *The Romantic Ethic and the Spirit of Modern Consumerism*. Oxford: Ed. Basil Blackwell, 1989.

contribuyen a la creación de una comunidad cultural hispanoamericana. Dicha identidad se daría en oposición al resto de Europa en el caso de España, y en oposición a Estados Unidos en el caso de América; en este texto hay resonancias del viejo ideal del imperio pero se han desplazado los significantes políticos y militares a una comunidad cultural imaginada, donde Unamuno actúa como el engranaje central.

Los textos de Edwin Elmore constituyen el germen de un provechoso diálogo entre las ideas de Unamuno y las intuiciones de un apasionado lector. Esta comunicación se frustró, lamentablemente, con la absurda muerte del discípulo.⁹ Elmore aún no había consolidado su formación intelectual, se encontraba en la fase de las búsquedas y las constantes admiraciones; esta circunstancia impidió una recreación de las ideas unamunianas y un mayor aporte de Elmore en la historia de las ideas peruanas. Sin embargo, la importancia de estos textos reseñados radica en los intentos de aplicar el nuevo paradigma del intelectual crítico a la realidad nacional, su sensitiva percepción de la crisis del mundo moderno y su apuesta por una comunidad cultural hispanoamericana.

El primer peruano en exponer, con rigor académico, el pensamiento filosófico de Unamuno fue Estuardo Núñez,¹⁰ en el año de 1928. Estamos ante uno de los primeros artículos del destacado investigador, quien pese a su juventud exhibe un profundo conocimiento de la obra de Unamuno, una notable capacidad de argumentación y de síntesis, y un estilo con atisbos del brillo que caracterizará su obra posterior. En este texto recoge y utiliza con provecho las apreciaciones de otros escritores (Keyserling, Waldo Frank, Tilgher, Earle y Salvador de Madariaga), y citas de los propios textos de Unamuno. Núñez establece que:

El españolismo de Unamuno hay que estudiarlo a través de sus ensayos, cuyo primer tomo —‘En torno al casticismo’— es el más rico en este tema, de su ‘Vida de Don Quijote y Sancho’, y de su correspondencia con

⁹ Edwin Elmore murió el 2 de noviembre de 1925, a consecuencia de un disparo de bala efectuado por José Santos Chocano el 31 de octubre en el hall de *El Comercio*. Elmore tenía 35 años.

¹⁰ Este texto de Núñez sobre Unamuno inició su gestación en el curso de Historia de la Literatura Castellana que dictó, ese mismo año, Raúl Porras Barrenechea en la Facultad de Letras en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Ganivet, publicada con el nombre de 'El porvenir de España'. ("Miguel de Unamuno" 439)

Sintetizar las opiniones de Núñez nos permitirá conocer cuales son los aspectos relevantes del pensamiento unamuniano para los intelectuales peruanos de fines del 20. Esta visión es casi la definitiva porque el "maestro de Salamanca" ya había publicado todas sus obras capitales. El autor del artículo considera que los hallazgos del pensador respecto al "problema de España" son: el rechazo a lo 'puro' en la búsqueda de los orígenes; la necesidad de encontrar la Humanidad en el fondo del alma española; Castilla como axis de la identidad nacional; España como el territorio donde la realidad y el ideal se han fusionado, y cuya filosofía es la mística; y la necesidad de una cultura ultra-pirenaica para el re-descubrimiento de España.

En la dimensión estrictamente filosófica, precisa el joven escritor el legado de Unamuno: la reducción de todos los problemas filosóficos al destino trágico del hombre: el hambre de inmortalidad; las ideas como consecuencia de la acción y la fe como un ejercicio de duda y de contradicción opuesto a las verdades claras y simples de la razón cartesiana.

También Núñez desoculta el período socialista de Unamuno y hace mención a los artículos de orientación marxista publicados en *La lucha de clases*, órgano proletario de Bilbao. Ante las influencias que se le achacan –Kierkegard, inspirador de su concepción mística; y Nietzsche propulsor de su individualismo–, defiende Núñez la originalidad del pensador y considera que dichas influencias son epidérmicas y no traspasan su alma española. Además, continúa el articulista, en Unamuno la paradoja es lo más vital y expresivo de su obra, y esa tiene la voluptuosidad de retorcer su propio pensamiento y de refundir el ajeno. Su espíritu de contradicción lo dota de un inusitado ángulo de observación y esto le ha permitido ver en España aspectos y perfiles radicalmente originales (444).

Finalmente, intentando ubicar a Unamuno en la escena mundial, resalta su carácter de excéntrico a las corrientes de pensamiento contemporáneas y a las tendencias políticas predominantes en el mundo que ya anunciaban la segunda noche negra de Europa. Unamuno se encuentra en otra dimensión "como 'su señor' Don Quijote

de espaldas a lo vulgar . . . a la razón y a la lógica de bachilleres y barberos” (446). Este artículo de Núñez es emblemático porque demuestra como la principal figura de la Generación del 36 también recibió la impronta unamuniana en un momento decisivo en su formación intelectual. Este hecho nos permite apreciar la honda cala del pensamiento de Unamuno que atraviesa a muchas de las figuras de las tres primeras generaciones culturales de este siglo.

El carácter plural del *Mercurio Peruano* se manifiesta en un texto revelador de la hostilidad que también producía el espíritu crítico y la visión pesimista de la Generación del 98; es un artículo escrito por Manuel G. Abastos, quien afirma:

Aquella tan discutida generación del 98, que alzó un clamor lamentable a raíz del desastre de Cuba, que ha sido un poco exagerada. Y lo peor del caso es que los del 98 han hecho escuela, y, a pesar del evidente progreso actual de España, quedan muchos todavía que gritan el pesimismo neurótico y gimen la negación de España. (261)

El texto es valioso porque es una de las pocas veces que se con-signa, en el Perú de esos años, la famosa membrecía estampada por Azorín en su conocida serie de artículos publicados en *ABC*, en 1913; y esto revela que el autor tiene una visión de conjunto de los miembros de la Generación del 98 diferenciada de los precursores y de otros contemporáneos. Abastos indica que los del 98 tienen seguidores y provocan corrientes de opinión. Implícitamente hay un elogio a la obra de Primo de Rivera y un ataque a Unamuno. Pese al evidente carácter panfletario del ataque y a la nula argumentación, vale la pena detenerse en esta caricaturización de la figura de Unamuno y sus ideas porque una obra debe ser medida, también, por los rechazos que provoca. Quizá lo más interesante del texto es que nos demuestra como la obra de Unamuno y la de su generación fue decodificada, por algunos, como una actividad de socavamiento de la dimensión ontológica de España y esto indigna a quienes se consideran descendientes de la comunidad cultural española porque los convierte en hijos sin madre.

En el período estudiado (1918-1928), también aparecen textos donde se difunde la obra y las ideas de otras figuras de la Generación del 98. Tenemos un artículo de Federico de Onis, escritor es-

pañol, sobre la obra de Azorín, y donde se hace una valoración de la Generación del 98, como “aquél grupo de hombres profundamente originales que abrieron revolucionariamente los caminos de una nueva España y echaron las bases de una nueva época” (81). También debemos consignar los artículos de Francisco Guarderos y Manuel Certero sobre la obra y vida de Ramón del Valle-Inclán. Debe destacarse que estos textos son las primeras introducciones sistemáticas de la obra, en una revista peruana, del célebre escritor modernista contemporáneo de la Generación del 98.

Sintetizando, en el *Mercurio Peruano* (1918-1928) tenemos: la recepción de Unamuno en Mackay y Elmore que los lleva a reflexionar sobre la urgencia de la construcción de un intelectual crítico y el repudio al antiguo letrado; la primera síntesis del pensamiento filosófico de Unamuno, por un escritor peruano (Estuardo Núñez); un ejemplo de los rechazos que causaba la visión ácida de España de la Generación del 98 (Manuel G. Abastos); y un panorama incompleto y desigual de las singularidades de los miembros de la Generación del 98 (Unamuno omnipresente, detallada presentación de Azorín y silencios sobre Pío Baroja, Antonio Machado y los otros).

2.3. La Generación del 98 en *Amauta* (1926-1930)

Amauta ha merecido innumerables y profundas investigaciones, resulta temerario pretender decir algo sobre ella sin caer en la banalidad o en la repetición involuntaria. A pesar de lo cual, arriesgaremos una hipótesis que nos servirá de guía en este apartado: *Amauta* había adoptado una posición ante el problema nacional y ante la crisis del mundo moderno, por ello los problemas y las propuestas de la Generación del 98 sobre estos temas (nacionalidad y modernidad) le eran indiferentes. Sin embargo, la revista tenía mucho interés por los contemporáneos acontecimientos políticos de España porque delataban el lugar de ésta en la lucha entre el fascismo y el socialismo. Por esta intención pragmática, en *Amauta*, se preocupaban más por la coyuntural posición de Unamuno y su análisis político que por los dilemas de la Generación del 98 y/o las paradojas del pensador español.

La presencia del genial vasco en *Amauta* ha sido glosada y parcialmente analizada. Cesár Pacheco fue el primero en describir detalladamente las referencias directas a Unamuno en la mencionada revista, pero dado que no es el tema central de su artículo no formula ninguna interpretación y se limita a una valiosa acumulación de datos. Francis Guibal y Jorge Oshiro estudian la influencia de Unamuno en Mariátegui y para ello recurren a ciertas referencias en *Amauta*, principalmente a la carta que le envió el español al peruano y a la reseña de este último sobre *L'agonie du Christianisme*.

Consideramos que las vicisitudes históricas explican, en gran medida, la presencia del pensador español en esta revista. Unamuno, durante los años de publicación de la revista, era el gran desterrado, el intelectual que había levantado la voz contra la dictadura, una prueba viviente de la resistencia al fascismo; y estas circunstancias lo hacían atractivo para el proyecto político de *Amauta*. Debe recordarse que el 13 de setiembre de 1923, el general Primo de Rivera y Orbaneja, en ese momento Capitán General de Cataluña, dio un golpe de estado que destruyó el parlamentarismo monárquico pero conservó la figura del Rey, quien no desautorizó el golpe. Por lo menos hasta principios de 1928 el general Primo de Rivera consiguió que el Rey, los capitalistas, la Iglesia, el ejército y los socialistas aceptasen su gobierno provisional. Esta heterogénea unidad era frágil y estaba atravesada de contradicciones. Dos grupos sociales fueron relegados a la oposición: los catalanes y los intelectuales. (Jackson 68 y ss). Primo de Rivera reaccionó con violencia contra aquellos que cuestionaron la legalidad de su gobierno. Así Unamuno fue despedido de la cátedra de Salamanca y se le confinó en Fuerteventura, de donde huyó y se autoexilió en Francia. Como parte de la represión contra los intelectuales, el Ateneo de Madrid fue clausurado en 1924.

Esta circunstancia política exacerbó el radicalismo de Unamuno, lo cual sumado a su estatus de *outsider* facilitaron el diálogo y la recepción en *Amauta*. Como era previsible, de toda la Generación del 98, Unamuno es quien mantiene una mayor presencia en esta revista, la cual incluye: textos suyos (cartas, manifiestos y artículos), reseñas de sus libros, y dos textos dedicado al pensador vasco: una marcha de Juan Parra del Riego y un infausto poema de cuyo autor no quiero acordarme.

En el primer número de la revista (septiembre de 1926), aparece un texto que condensa los recientes acontecimientos de España y la posición de *Amauta* ante ellos. Es un artículo de César Falcón de carácter histórico-político, pero que tiene una interpretación sugerente de los ataques de la dictadura contra tres escritores españoles: Jiménez de Asúa, Marañón y Unamuno. Lo que intenta Falcón es legitimar la preocupación y la participación de los escritores americanos en dicho conflicto y por ello postula esta correlación:

Todos los hombres sensibles de España, los intelectuales viven con la mitad del alma en los pueblos hispánicos de América. La monarquía, por el contrario, desprecia y ha despreciado siempre a los pueblos hispanoamericanos. Porque la monarquía no puede sentir, ni ha sentido nunca la emoción de nuestra raza. La monarquía es extranjera. (29)

Nótese que la oposición monarquía/intelectuales se transforma en la agresión de lo extranjero (europeo) hacia Hispanoamérica; y esto justifica la difusión de la situación actual de España, e insta a los lectores a solidarizarse con la posición de los intelectuales que defienden el ideal de la comunidad hispanoamericana. Debe apreciarse cómo la raza se convierte en la razón de esta alianza. La afirmación de Falcón es más cierta respecto a la monarquía que a los intelectuales porque, salvo Unamuno y algunos más, los intelectuales españoles no mantuvieron sólidos vínculos con el devenir cultural de los escritores americanos; aunque existieron singulares influencias recíprocas y contactos efímeros.

En el primer número también apareció una reseña de *L'agonie du Christianisme*, publicado en 1925. Esta fue escrita por José Carlos Mariátegui y en ella hace una elogiosa presentación del libro y de la trayectoria de Unamuno, pero le objeta su reducción empobrecedora de las ideas de Carlos Marx. En esta célebre reseña, el peruano considera que el sabio sexagenario de Salamanca conoce mal el marxismo. Mariátegui se equivoca en esta acusación; no es que Unamuno conozca mal el marxismo, es que Mariátegui conoce mal a Unamuno. El español desde 1892 hasta 1898 fue un socialista y se declaraba un incansable lector de Marx. Obviamente, nunca comulgó con el dogmatismo marxista que desembocaba en un ateísmo vacío y un materialismo superficial; por ello en una reveladora carta, que anticipa la sensibilidad de Mariátegui, escribe: "sueño con

que el socialismo sea una verdadera reforma religiosa, cuando se marchite el dogmatismo marxiano” (Cit. en Shaw 74).¹¹ Al margen de esta desinformación, interesa la objeción del peruano porque con ella hace manifiesta su discrepancia y su independencia de juicio en la crítica. Además, Mariátegui, utiliza a Unamuno contra Unamuno; y recogiendo una defensa del español del espíritu sobre la letra, considera errada la apreciación sobre Marx del español, y se permite suponer que si Unamuno medita más hondamente en la obra del alemán descubrirá en ella un alma agónica, un espíritu polémico. Esto marca una notable diferencia con los textos del *Mercurio Peruano* donde predominaba ante el “maestro de Salamanca,” el elogio y la difusión de sus ideas pero no existía una distancia crítica para juzgarlas y/o refutarlas.

Por otra parte, en la misma reseña, Mariátegui considera que: “Unamuno es un maestro en el arte de animar o reanimar las palabras . . . tiene algo de iluminado, algo de profético. En su pensamiento se descubre siempre alguna vaga pero cierta anticipación del porvenir” (33). Se deriva de esto una valoración positiva del poder de las palabras pero también una distancia temporal que obstaculiza la comunicación. Unamuno es un hombre del pasado que anticipa el futuro, Mariátegui es un hombre del presente que desea construir el futuro; pese a la feliz sintonía de esos años, la formación ideológica de aquellos escritores y la proyección de su obra tenían senderos diferentes aunque entrecruzados. Anecdóticas pero significativas de su opuesta actitud ante los signos de la modernización son: el rechazo al telégrafo por parte de Unamuno¹² y el regocijo de Mariátegui¹³ ante un vuelo aéreo sobre Lima.

Era una vieja tradición enviarle al maestro salmantino los libros y revistas culturales del Perú, Mariátegui le envía los dos primeros números de *Amauta* y Unamuno le responde para agradecerle con una extensa carta a fines de noviembre de 1926, que se publica al año siguiente en la revista. En ella acepta la observación de Mariátegui y sostiene que en Marx había un profeta antes que un profesor. Pos-

¹¹ La cita procede originalmente de la “Carta del 31 de mayo de 1895” en *Epistolario a Clarín* 53.

¹² Cfr. “Ciudad y campo” en *Obras selectas* 166.

¹³ Cfr. “La ruta de Icaro” en *Ensayos Juveniles. (La edad de Piedra)*. Tomo II, 88 y ss.

teriormente, explica de forma detallada el significado de su disidencia frente al gobierno español: “No se trata de pleito individual . . . sino de algo personal, y la persona es lo representativo y social, lo humano común. Al defenderme atacando, defiendo el alma eterna y universal de mi pueblo. A toda una iglesia civil libre” (1). Unamuno se erige a sí mismo como un arquetipo de la tradición libertaria de España y del mundo frente a las fuerzas del despotismo y el totalitarismo en el pensamiento.

Prueba de la importancia de la posición política de Unamuno para su recepción en esta revista, es que todos los textos suyos –salvo uno– reproducidos en *Amauta* tienen un marcado cariz político. El primero y más importante es un alegato explicando su oposición a la dictadura de Primo de Rivera. De este texto nos interesa rescatar dos cosas: la autopercepción de Unamuno como una figura intelectual y política de resonancia mundial y el ideal de la comunidad cultural iberoamericana.

Unamuno se encuentra en el pináculo de su gloria y es consciente de ello; burlándose de la ignorancia del Directorio de Primo de Rivera dice que es posible; “que un español se haga, como me he hecho yo, una reputación mundial, adquiera autoridad en todo el mundo civilizado y aún más allá de los países de la lengua española, sin que ellos se enteren” (“Mi pleito” 22). En el mismo texto, Unamuno demuestra que su ideal cultural desborda la comunidad hispanoamericana;

Hay un imperialismo cultural . . . de los pueblos todos de lenguas hispánicas, ibéricas, un imperialismo de todos los que pensamos y sentimos en las lenguas de Cervantes, Camoens, y Ramón Llull. Y la madre patria es la patria espiritual común, un alma y no un territorio; una historia y no un código común. (“Mi pleito” 22)

Nótese que Unamuno está pensando en una comunidad iberoamericana que incorpore parte de la diversidad de culturas de la península (catalanes, castellanos y portugueses) y a la principal dicotomía de la comunidad americana. Unamuno no tiene una completa visión de las distintas culturas y nacionalidades españolas, pero su reconocimiento de una España no unitaria es un acierto que debe

resaltarse en oposición a las quiméricas búsquedas de la identidad nacional restringidas a la cultura castellana.

Cuatro años después del golpe de Primo de Rivera (1927), Unamuno escribe un texto donde analiza detalladamente las supuestas motivaciones del golpe y desenmascara los actos de la dictadura incidiendo en su naturaleza inmoral, irracional y matonesca; a propósito de la experiencia colonialista de Marruecos, distingue entre los pacificadores siempre cultos y civiles y los militares que sólo ejercen la violencia y siembran la discordia. Es un minucioso análisis político que culmina con la propuesta de formar una Unión Patriótica Civil en oposición a la Unión Patriótica convocada por la dictadura; este texto fue reproducido en *Amauta*, en 1928 (“Cuatro años” 16-18).

También se encuentra en *Amauta*, una encendida carta de Unamuno a los estudiantes españoles, donde sostiene que, “la religión debe estar por encima de todo y la religión de los estudiantes es la del estudio, la de la investigación, la del examen, la de la verdad, cuya libertad es la justicia, por encima de la Patria” (79). Interesa la flexibilidad y las fronteras difusas del término *religión*, y la preferencia por la acuciosa investigación y la libertad de espíritu frente a los empobrecedores intereses de la “patria,” cuando el gobierno se encuentra en manos de mendigos morales y mentales. Concluía la carta con una exhortación intensa: “Salvad a España, estudiantes, salvadla de la injusticia, de la ladronería, de la mentira, de la servilidad y sobre todo de la sandez”(80); este diagnóstico de los males de su país nos recuerda nuestros inextinguibles problemas, y también que ni los estudiantes ni los intelectuales han podido cumplir con dicha tarea ni antes ni ahora, ni allá ni aquí.

Aprovechando una carta dirigida a los organizadores del homenaje a César Falcón en Madrid, con motivo de su libro *El pueblo sin Dios*; Unamuno escribe “Falcón, peruano, es de los nuestros, de la máxima venidera Entre-república y a la vez Trans-república espiritual de los pueblos hispánicos. Porque tenemos que fraguar —la lengua sangre del espíritu, fragua— la comunidad espiritual de los pueblos hispánicos”(92). Esta importancia de la lengua para afirmar la conciencia cultural y la identidad nacional, en este caso en diversos territorios, deriva del romanticismo y su tesis que el alma de los pueblos se manifiesta en su lengua y obras literarias.

El único texto donde Unamuno se aleja de las preocupaciones políticas, y por lo tanto de las posiciones ideológicas de *Amauta*, es en su réplica al semanario *Monde* sobre literatura proletaria, reproducida por la revista peruana. Enfáticamente afirma el pensador “y por lo que concierne a la literatura y el arte, una masa humana, un grupo humano es incapaz de crear una canción, un aire musical, un idilio. No creo en el arte popular” (“¿Existe?” 7). Posición opuesta a los intentos de la revista peruana por rescatar y reivindicar el arte popular, las literaturas orales indígenas y otras manifestaciones de la cultura andina.

Unamuno concede cierta razón a los defensores de una interpretación, del arte y la literatura, condicionada por las estructuras sociales y económicas, pero precisa que el arte también refleja “igualmente, y mejor, los eternos deseos del alma individual, el anhelo de verdad, el anhelo de sueño consolador, el anhelo de amor y el anhelo de inmortalidad” (“¿Existe?” 7). Esto debe explicarse por la tesis unamuniana que el objeto del arte y la literatura, como el de la religión, es consolar al hombre de haber nacido para morir. Por todo ello, reafirma su convicción que el arte y la literatura son preciosas manifestaciones del ser hombre en el mundo:

Aún suponiendo que la historia sea el juego de la lucha de clases, el arte, la literatura, la poesía, están por encima —o si se quiere por debajo— de esta lucha, y unen a los combatientes en la fraternidad humana. Una buena obra de arte les enseñará a unos y a otros a ser hombres. Y ser hombres es vivir en función del destino final de la humanidad. (“¿Existe?” 8)

Para concluir, con la presencia de Unamuno en *Amauta*, tenemos una reseña del libro *Romancero del destierro*, publicado en Buenos Aires en 1929. En ella, José Varallanos, afirma que “En Unamuno se refugia la España nueva . . . Unamuno no merece ya elogio. Una admiración unísona salta para ese viejo-joven ilustre. España librará su honor, en la historia, sólo por él”(91). Nuevamente tenemos una mayor relevancia de la actividad política de Unamuno y su actitud ante los acontecimientos contemporáneos, que una profunda preocupación por los meandros de su obra. Con la fórmula compuesta,

“viejo-joven” se intenta aprehender la contradicción de un pensador del siglo pasado embarcado en los conflictos de este siglo.

También se encuentran en *Amauta*, dos breves reseñas de libros. Hay un comentario al libro de Maetzu, *La Celestina y Don Juan*, realizado por Alberto Guillén y donde se sostiene que es un “bello libro profundo de originalísima exégesis de los dos grandes tipos españoles . . . criterio certero y aireado. Ideas nuevas si caben frente a los tan manoseados muñecos formidables.”¹⁴ *Tirano Bandejas*, novela de Ramón del Valle-Inclán, es comentada en una reseña realizada por María Wiesse.

En síntesis, tenemos: la admiración y parcial adhesión de Mariátegui a las ideas de Unamuno, pero también la distancia crítica para juzgarlas y discrepar; artículos y cartas del “sabio de Salamanca” donde reafirma su disidencia ante la situación política de España e incide en la necesidad de una comunidad cultural iberoamericana, cuyo eje sea la historia y la lengua; una explicación del propio Unamuno sobre los vínculos del arte, la literatura y los movimientos sociales; y una tenue presencia de otra figura del 98 (Ramiro de Maetzu) y del escritor modernista, contemporáneo del 98, Ramón del Valle-Inclán.

3. Unamuno y Mariátegui: las tentaciones del ensayo moderno

Las relaciones entre Unamuno y Mariátegui han sido destacadas por varios estudiosos, sin embargo el tema ha sido siempre enfocado dentro de los parámetros temáticos y/o ideológicos en los cuales ellos desarrollaron su obra. Además del trabajo de Pacheco Vélez ya comentado, tenemos otras dos investigaciones. Francis Guibal en un breve, documentado, pero desordenado artículo concluye que existía una afinidad espiritual entre ambos, antes que similitud de posiciones particulares. Además incide, y esto es lo más valioso de su texto, en la superación de las dualidades: política/religión, racionalidad/misticismo, teoría/práctica, desarrollada por ambos pensadores (156-157). Jorge Oshiro en un artículo que reproduce capítulos de su

¹⁴ Este texto está incluido en *Amauta*. Año I, No. 2, octubre de 1926. Fue publicado primeramente en la sección “Libros y Revistas”. Año 1. No 4 (octubre de 1926): 5.

tesis de doctorado, realiza un exhaustivo análisis de la idea de agoría en Unamuno, principalmente en *Del sentimiento irágico de la vida*, y su recepción en la obra de Mariátegui. Este texto constituye una acuciosa topografía sobre la densidad filosófica de esta idea, las fuentes comunes y la creadora asimilación de Mariátegui. Sin embargo, el autor demuestra un insuficiente conocimiento de la Generación del 98 y comete el error de considerar a Ortega y Gasset y a Valle-Inclán como miembros de dicha generación (18). Existe consenso en la crítica histórica y literaria¹⁵ para considerar a Valle-Inclán como un escritor modernista que deriva hacia el esperpentismo; Ortega y Gasset por razones cronológicas, a lo sumo puede ser considerado un escritor influenciado por el 98, pero cuyas interrogantes y respuestas a los dilemas de España y su cultura, son distintas al núcleo de dicha generación.

En este apartado, reflexionaremos sobre la elección del género, las características formales y las estrategias discursivas en los ensayos de Unamuno y Mariátegui. El ensayo¹⁶ es un subgénero de la prosa de no ficción. El ensayo como la novela son géneros literarios que representan la sensibilidad del mundo moderno. El valor de un pensador debe ser medido por las interrogantes suscitadas antes que por las respuestas ofrecidas; por ello, el buen ensayo rechaza la voz autorial y monológica, y se aproxima al *dialogismo* bajtiniano. Sostiene el teórico ruso, Mijail Bajtín, que una sola conciencia es una *contradicción in adjecto*, el texto dialógico se despliega como la total interacción de varias voces y conciencias, sin que entre ellas una llegue a ser objeto de las otras; esta interacción no ofrece al observador un apoyo para la objetivación de todo el acontecimiento y por ello lo hace también participante; así no existe un punto fijo desde el cual interpretar¹⁷ (33 y ss).

¹⁵ En un conocido texto, Allen W. Philips demuestra sus relaciones con el proyecto estético de Rubén Darío, "Rubén Darío y Valle Inclán" en: *Temas del modernismo hispánico* 159-207.

¹⁶ Fue el francés Michael de Montaigne quien puso en circulación el término en sus famosos *Essais* (1589) incidiendo en el carácter subjetivo, tentativo, fragmentario y exploratorio del género. Canónicamente se lo ha definido como una meditación escrita en estilo literario que lleva la impronta del autor. Alfonso Reyes lo denomina, el "centauro de los géneros."

Debemos recordar que, el periodismo y la publicación de revistas culturales son fenómenos que crecieron con las ciudades modernas, y al cual se dedicaron con pasión tanto Unamuno como Mariátegui; en ambos, dichas actividades son el común origen de muchos de sus libros de ensayos. Los dos fueron polígrafos y dieron importancia capital al diálogo y a la polémica en el desarrollo de su pensamiento y en sus textos. De esto podemos inferir que hubieron condicionamientos materiales para la elección de este género, pero no debe olvidarse la decisión personal de ambos escritores, quienes consideraron al ensayo como el medio de expresión ideal para refractar los períodos de crisis que les tocaron vivir. La insaciable curiosidad intelectual de ambos escritores tenía que llevarlos necesariamente al ensayo, el género más adecuado para examinar críticamente otras voces y otros pensamientos y destruir la verdad monológica.

Sostiene Gonzalo Portocarrero que, la obra de Mariátegui se sitúa entre la crónica y el ensayo y que se caracteriza, desde sus primeros escritos, por su maestría en el uso del lenguaje, la profundidad de su pensamiento y la originalidad de sus ideas (66). Este juicio lo podemos extender a Unamuno. Sin embargo, hay diferencias que debemos anotar:

a) La prosa de Mariátegui es clara y sencilla, casi transparente; la de Unamuno es compleja y opaca, muchas veces autorreferente. Como lo sostiene el propio español respecto a un texto suyo, escrito “de una manera turbia y meramente sugestiva” (“Civilización” 158).

b) No es difícil encontrar contradicciones en los textos de Unamuno mientras que en los de Mariátegui predomina una preocupante concordancia; nótese que esto puede derivar de la concepción del hombre como unidad escindida en Unamuno y la del hombre como voluntad de acción en Mariátegui.

¹⁷ Con el deterioro del proyecto moderno (el socavamiento de la fundamentación racional de la imagen del mundo, la conciencia de la diferencia, el relativismo y el redescubrimiento de la subjetividad) el ensayo ha alcanzado mayor expansión y recepción. Ante una realidad fragmentada y siempre distorsionada, el ensayo aparece como un eficaz intento para explorar, desmontar y redefinir conceptos nucleares de la cultura occidental: naturaleza, cultura, razón, libertad, religión, etc. También, con la posmodernidad, se ha acentuado en el ensayo la inclusión del humor y la ironía, recursos que han adquirido importancia decisiva en su configuración; pues son pocos los textos ensayísticos que se atreven a proponer una solución final, y menos los que pretenden convencer para actuar.

Identificamos cuatro rasgos generales que comparten los ensayos de Unamuno y Mariátegui: una crítica fundada en la razón de la pasión, la capacidad discursiva de involucrar al lector en sus textos, atracción por un tono prescriptivo y la ausencia de humor y/o ironía. En ambos escritores subyace la concepción que vida y verdad se vinculan y se enriquecen intercambiando sus valencias semánticas. La verdad es el fundamento de la voluntad del descubrimiento propio, el hombre es apariencia y sólo con la acción y el dolor puede llegar al conocimiento de sí mismo. La vida de ambos estuvo signada por la escritura y es en ella donde debemos indagar por sus respectivos desocultamientos. Unamuno, a lo largo de su obra ensayística, cuenta sus íntimos latidos, las emociones y los criterios de su existencia; el español sucumbió a los placeres de Amiel, se nos muestra entero y absolutamente desnudo. Este registro incesante de su espíritu consigna sus vacilaciones, temores, abatimientos y convicciones. Este complejo tramado de sensaciones, sentimientos e ideas se formaliza en su prosa ensayística donde se detectan las huellas de sus apasionadas razones. En Mariátegui también se puede encontrar, aunque en menor grado, la misma tendencia. En la célebre "Advertencia" a los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, proclama "no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones" (12).

Los dos escritores apelan frecuentemente a la estrategia discursiva de involucrar a sus lectores en las estructuras textuales, aunque el español lleva ventaja al peruano en dicho arte. En los ensayos de Unamuno son constantes las interjecciones, las preguntas y las apelaciones que consiguen la incorporación del lector al texto, quien se convierte en un privilegiado actor del desmantelamiento de viejas certezas a través de sugerentes enunciados inconclusos.

Los dos últimos rasgos (el tono prescriptivo y la ausencia de humor y/o escasa ironía en sus textos) son factores que los distancian y los convierten en inactuales para la sensibilidad contemporánea. Nada más contrastante, en el reino de la ironía que carcome incluso al propio texto, que la agobiante seriedad de Unamuno y Mariátegui. El primero proclamaba: "Sé serio. Lleva seriedad, solemne seriedad a tu vida" ("Adentro" 188). Esta característica de Unamuno y Mariátegui puede explicarse por sus compromisos y la intención pragmática de sus textos; actos comunicativos que deseaban provo-

car una reacción en el lector, una transformación vital. Sin embargo, deben hacerse matices; Mariátegui en sus primeros años participó activamente en algunas célebres *boutades*, en muchos de sus textos pertenecientes a su autodenominada *Edad de Piedra* se nota una marcada tendencia lúdica, y en sus textos de madurez pueden encontrarse algunas muestras de aguda ironía. A modo de ejemplo consignamos esta burla a Riva-Agüero: “pertenece a un partido político denominado futurista, sin duda alguna porque en su declaración de principios se puso añejas tendencias y conservadoras orientaciones” (“Un discurso” 269). Por su parte, Unamuno, filólogo y neólogo se refugia en los juegos de palabras y en las ironías verbales con cierta frecuencia; y esto se convierte en un recurso estilístico de su obra ensayística.

Los ensayos de Unamuno y de Mariátegui constituyen una experiencia ineludible para comprender las tentaciones, los aciertos y los fracasos del ensayo moderno hispanoamericano. Cabe recordar que nuestra cultura tiene una nefasta predilección por los íconos, figuras que nos relevan de la tarea de pensar, posibilitan la estéril exégesis y legitiman cualquier adefesio. Ni Unamuno ni Mariátegui merecen ese destino y depende de todos nosotros que no se conviertan en dos íconos más; para ello es imprescindible leerlos con pasión pero sin devoción y reinterpretarlos incesantemente.

Estudiar la recepción de Unamuno en el Perú (1900-1930) nos ha permitido recuperar algunos puntos, líneas y nudos de sentido de un momento fundacional en la historia de las ideas peruanas. Con ellos contribuimos a la construcción de un horizonte de comprensión de un período crucial, en nuestra antigua y compleja relación con la cultura española.

I. Fuentes primarias

Abastos, Manuel G.

1920 "El Perú y España." *Mercurio Peruano* 3.5.28 : 254-269.

Anónimo

1916 "Falsa Carátula." *Colónida* 1.1.4: 3-4. Reproducido en *Colónida*. Edición facsimilar con prólogo de Luis Alberto Sánchez. Lima: Ediciones Copé, 1981.

Belaunde, Víctor Andrés

1987 *Meditaciones Peruanas*. 1907-1923. *Obras Completas*. Primera Serie "El Proyecto Nacional." Tomo II. Lima: Edición de la Comisión Nacional del Centenario.

1987 *La Realidad Nacional*. 1931. *Obras Completas*. Primera Serie "El Proyecto Nacional." Tomo III. Lima: Edición de la Comisión Nacional del Centenario.

Elmore, Edwin

1922 "Sobre la figuración de Unamuno en la inquietud política e intelectual de nuestros días." *Mercurio Peruano* 5.7.42 : 827-834.

1922 "El esfuerzo civilizador en el Perú." *Mercurio Peruano* 5.9.53-54: 288-293.

1923 "Unamuno en Yanquilandia. (Hacia una verdadera compenetración de culturas." *Mercurio Peruano* 6.9.58 : 591- 593.

Falcón, César

1926 "La dictadura española. Marañón, Asúa y la Monarquía." *Amauta* 1.1: 28-29.

García Calderón, Francisco

1981 *El Perú contemporáneo*. 1907. Lima: Interbank.

González Prada, Manuel

1977 *Páginas libres. Horas de Lucha*. 1894, 1908, 1924. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

González Prada, Alfredo

1981 "Carta a Luis Alberto Sánchez" (26-11-1940) en *Colónida*. Edición facsimilar con prólogo de Luis Alberto Sánchez. Lima: Ediciones Copé. 207-231.

Iberico, Mariano

1918 "Don Miguel de Unamuno, su personalidad, obra e influencia por John A. Mackay- Lima, 1918." *Mercurio Peruano* 2.2.7: 82.

Núñez, Estuardo

1928 "Miguel de Unamuno, ensayista." *Mercurio Peruano* 123-124: 439-446.

Mackay, John A.

1923 "Los intelectuales y los nuevos tiempos." *Mercurio Peruano* 6.10.57: 498-515.

Mariátegui, José Carlos

1926 "Miguel de Unamuno. *L'agonie du Christianisme*." *Amauta* I. 1: 33.

1991 "La ruta de Icaro." 1915. *Escritos Juveniles. (La edad de Piedra)*. Tomo II. Lima: Biblioteca Amauta. 88-93.

1991 "Un discurso: 3 horas, 48 páginas, 51 citas." 1916. *Escritos Juveniles (La Edad de Piedra)*. Tomo III. Lima: Biblioteca Amauta. 269-276.

1991 *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. 1928. Lima: Amauta.

Unamuno, Miguel de

1965 "La vida es sueño." *Obras selectas*. Madrid: Editorial Plenitud. 175-182.

1965 "Civilización y cultura." *Obras selectas*. Madrid: Editorial Plenitud. 153-159.

"Adentro." *Obras selectas*. Madrid: Editorial Plenitud. 183-189.

1965 "Ciudad y campo." *Obras selectas*. Madrid: Editorial Plenitud. 161-173.

1927 "Carta de Unamuno." *Amauta* II. 5: 1-2.

1928 "Mi pleito personal." *Amauta* II. 11: 22-24.

1928 "Cuatro años de dictadura." *Amauta* III. 13: 16-18.

- 1929 "Carta a los estudiantes españoles." *Amauta* III. 24: 79-80.
- 1929 "Carta de D. Miguel de Unamuno a Cesar Falcón." *Amauta* 25: 92.
- Varallanos, José
- 1929 "*Romancero del destierro* de Miguel de Unamuno." *Amauta* 25: 91-92.

II. Fuentes secundarias

Bajtín, Mijail

- 1993 *Problemas de la poética de Dostoievski*. 1979. Trad. Tatiana Bubnova. México: FCE.

Berman, Marshall

- 1989 *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. 1982. Trad. Andrea Morales Vidal. Buenos Aires: Siglo XXI.

Blanco Aguinaga, Carlos, Julio Rodríguez Puértolas e Iris M. Zavala

- 1979 *Historia social de la literatura española*. Tomo II. Madrid: Castalia.

Díaz-Plaja, Guillermo

- 1951 *Modernismo frente a Noventa y ocho*. Madrid: Espasa-Calpe.

Guibal, Francis

- 1989 "Mariátegui y Unamuno." *Anuario Mariateguino* 1. 1: 151-159.

Inman Fox, E.

- 1976 "El año de 1898 y el origen de los 'intelectuales'." *La crisis intelectual del 98*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo. 9-16.

Jackson, Gabriel

- 1980 *Aproximación a la España contemporánea 1898-1975*. Trad. Jordi Beltrán. Barcelona: Grijalbo.

Jeschke, Hans

- 1964 *La Generación de 1898 en España. (Ensayo de una determinación de su esencia)*. Trad. Y. Pino Saavedra. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile.

Kundera, Milan

- 1987 *El arte de la novela*. 1986. Trad. Fernando de Valenzuela y María Victoria Villaverde. Barcelona: Tusquets, 1987.

Núñez, Estuardo

- 1978 *La experiencia europea de Mariátegui*. Lima: Editorial Amauta.

Oshiro, Jorge

1996 "Agonía y Mito. Dos fuentes del pensamiento filosófico de Mariátegui: Unamuno y Sorel." *Anuario Mariateguino* 8. 8: 15-52.

Pacheco Vélez, César

1977 "Unamuno y Riva-Agüero: Un diálogo desconocido." *Apuntes* 4. 7: 101-165.

Phillips, Allen.

1974 *Temas del modernismo hispánico*. Madrid: Gredos.

Porrás Barrenechea, Raúl

1987 "Víctor Andrés Belaunde, maestro de la peruanidad." Víctor Andrés Belaunde. *Obras completas*. Tomo I. Lima: Edición de la Comisión Nacional del Centenario. XXXVII -XLII.

Portocarrero Maisch, Gonzalo

1996 "La genialidad de Mariátegui." *Anuario Mariateguino* 8.8: 66-73.

Ramos, Julio

1989 *Desencuentros de la Modernidad en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ramsden, Herbert

1980 "El problema de España." *Historia y crítica de la literatura española*. Ed. Francisco Rico. Tomo VI. Modernismo y 98. Ed. José Carlos Mainer. Barcelona: Editorial Grijalbo. 20-26.

Ridao, José María

1998 "Américo Castro y la tradición de la tolerancia." *Quimera* 169: 48-52.

Salinas, Pedro

1970 *Literatura española siglo XX*. Madrid: Alianza Editorial.

Shaw, Donald.

1989 *La Generación del 98*. Trad. Carmen Hierro. Madrid: Cátedra.

Velázquez Castro, Marcel

1998 "Modernidad, memoria e imaginación en *Los hijos del Sol* de Abraham Valdelomar." *Ajos & Zafiros* 1: 17-29.

Zuleta, Emilia de

1966 *Historia de la crítica española contemporánea*. Madrid: Gredos.